



Hugo Acevedo

CAMPESINO

Hoy trabajo mi tierra solamente.
Siento en el corazón un lobo rubio
pulsando mi verano y mi nostalgia.
A la borda de un viaje tengo todo
lo que demanda el corazón: abejas.
¡Zumbidos de la fe, oh mi ropaje!
El abanico de mi mano izquierda
es un fuelle de amor, sus rosas de alba
nacieron desde el fondo de un hermano.
Este hermano es mi huésped, es mi prójimo,
mi sagrado labriego de esperanza.
Partimos. En mi mano diestra llevo
el estampido de un panal y un bronce:
soy de la estirpe roja con que cantan
los hombres buenos cuando están arando.
Bodegas de piedad, tengo mi vino
para entonar el pecho en cada surco.
El jarro es música en agraz: alondra.
Mi carreta es igual a un ancho barco
cargado de racimos y muchachas;
van por olas y glebas en vigilia
de mis abejas y mi bronce amados;
ellos provocan mi labor de tierra
con sus ojos de uvas y sus pífanos,
sus guitarras veladas de semillas
y sus lámparas prietas de victorias.

Mientras, el cielo (un compañero suave)
de tanto en mi heredad reconocerse
da en un suspiro su emoción de lluvia.
Yo trabajo mi tierra solamente.
Camaradas de amor —abejas- zumban
en mis bodegas de piedad: ¡alondras!

EN ESTOS DÍAS

En estos días, en esta carretera
de días rápidos, inmortales, ciertos,
en esta luz roja y en seguida negra
negra y de pronto roja como la llamarada
espontánea de los amores de la tierra,
en este cruce del almíbar y el acíbar en este, en este, en este
galopar infinito hacia el mañana,
hacia el feliz mañana convocado
por una certidumbre y una ciencia y una altiva
esperanza irremediable,
como esas noches del verano
que vuelven siempre, siempre hacia el profundo
oleaje de los cuerpos asombrados,
en esta oscuridad que se desgaja
bajo los tajos del fatal relámpago
llamado amor,
llamado luz, justicia y unas veces
libertad para el que amamantó su alma
en los desfiladeros de la música
o del terror
o de las páginas de un libro inútil
como la caridad,
en esta eternidad,
en esta dura eternidad,
en estas calles, estos cielos, esta pampa,
al sol de estos días
en estos días.

OYENDO CANTAR UN PÁJARO

Entra en mi alma con un asta de música solar.
Es la tarde, sin embargo. Los primeros titileos
atraviesan la atmósfera con sus dulces cuchillos.
Pero el canto del pájaro cuyo nombre nadie sabe
conserva su temple y su calor empíreo.
Es un canto hermoso hasta la impiedad.
El corazón, hijo de la tierra, balbucea su envidia
como un náufrago hambriento ante una isla de pan.
Cuanto más inconsciente, más bella aquella música.
Las lanzas, los cascos, las enredaderas:

todo lo material que me consume
lanza desde su centro un juicio como un trueno,
deja salir impune el ronco grito de la mano hacedora.
Pero el canto del pájaro no se deja aprehender,
no hay falange de voces capaz de aprisionarlo,
una sabia cohorte de palabras rígidas,
endurecidas en la nada como las cejas de la muerte.
Sólo él, inocente, se conoce.
Se conoce a sí mismo mejor que el árbol el secreto de sus años.
No es un ave que canta.
Es un río efímero y extraño que pasa por el pájaro,
y no hay memoria en su buche ni en mi oído,
no hay cántaro ni gruta que pudieran inmolarlo.
Oigo esta especie de silbido astral,
hundo mi oído en el metrónomo de sus cadencias,
y una angustia como piel de araña me recorre adentro.
En el canto inefable de este pájaro,
huésped de un crepúsculo eclesiástico,
regresan una a una las penas de los hombres,
los siglos vividos en la agravante vacuidad de los dolores
pensando en el porvenir que ya pasó, que ya pasó, que ya pasó.
pan roído por la verdad maligna del azar.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario